

MIRADA

OCIOSA

Luis Petersen*

Hay temas que a lo largo de la historia han demostrado ser llaves maestras para la auto-comprensión humana. Nada más inspirador que el tema del ocio como portador de esa extraña cualidad. Si resistimos la tentación de definirlo para intentar acercarnos a él por diversas vías de acceso, el ocio se convierte en vehículo que nos lleva a múltiples actividades y aspectos humanos. Pensar en el ocio hoy es pensar en el tiempo libre, el descanso, las vacaciones y el turismo; en el juego, la diversión, la fiesta, el deporte (y el mundial), la catarsis, el humor, la libertad; significa pensar en desarrollo intelectual, cultura, expresión plena de la personalidad, silencio, deleite, creación, contemplación, encuentro; también es pensar en las políticas de entretenimiento y cultura, en el ocio como privilegio de clase, en su relación con el trabajo, en la pereza e inclusive en la ociosidad que es la madre de todos los vicios.

El ocio se identifica en primer lugar con el tiempo libre, con el tiempo que queda después de trabajar —y de transportarse, de comer y de cumplir otras obligaciones. Cunado está hecho lo que se ha *debido* hacer, entonces comienza el ocio. Y es fácil hacer esta identificación. El tiempo fuera del trabajo es un factor importante de la vida moderna. El ocio ha llegado a ser, desde este punto de vista, un problema social de peso que requiere políticas adecuadas. Pensemos en la lucha por la reducción de la jornada de trabajo y la necesidad de aprovechamiento de ese tiempo disponible.

Sin embargo, las limitaciones de un acercamiento así, son evidentes. Primero, porque la frontera es imprecisa: muchas actividades diarias están entre el ocio y la ocupación (algunas responsabilidades familiares, por ejemplo). Segundo, y sobre todo, porque implica una visión puramente negativa del ocio —el no-trabajo. La pregunta por el ocio queda todavía pendiente.

Roger Sue da cuenta de otra manera de enfocar el ocio, más allá del tiempo: "Toda actividad que resulte de una elección libre y que proporcione a la persona que la realiza un sentimiento de libertad, podría considerarse como ocio. Por lo tanto, el ocio sería ante todo una *actitud psicológica* del individuo".¹

Intentaré un breve acercamiento al ocio como actitud, a partir de algunas de las palabras anteriores, en las que el ocio se manifiesta. Mi expectativa no va más allá del planteamiento de *una* de las posibles lecturas del ocio y, dentro de ésta, del señalamiento de ciertos caminos posibles de profundización.

Ocio y descanso son dos palabras asociadas. Sue ve el descanso como "la primera función del ocio y quizá la más necesaria en el sentido de que sin la recuperación de la fatiga nerviosa y física no podría haber otra actividad".² El relajamiento de la atención cotidiana y de la tensión del trabajo, ver otras cosas y a otro ritmo, es uno de los elementos fundamentales del ocio.

Pensemos ahora en el juego, generador de diversión, que también se encuentra vinculado al ocio. En su estudio sobre el elemento lúdico de la cultura, Johan Huizinga describe el juego como una actividad voluntaria, que no responde a las necesidades inmediatas de la vida (es decir, desinteresada), limitada en espacio y en tiempo, de acuerdo a reglas fijas y libremente aceptadas, acompañada por un sentimiento de diversión, bienestar, misterio, un tipo distinto de tensión, y por la conciencia de que se trata de algo diferente a la vida ordinaria.³

El juego es la entrada al mundo del *diz que*; es hacer un orden distinto (el juego siempre es un orden), un mundo libre, donde queda burlado el determinismo de la naturaleza. En el juego se da la verdadera ruptura con lo cotidiano.

Visto así, el juego tiene una clara función catártica: "Los juegos de todo tipo son los instrumentos esenciales para la liberación de las tensiones y de los impulsos reprimidos por las reglas que se imponen al individuo en su trabajo y en la mayoría

EL BAÑERO

Los partidos de fut sabrosos, a todo sol, son los domingos; porque además de todo se tiene tiempo de desentumir la pata para ir y ver cómo se avienta el pie. Antes del partido, temprano, menos temprano si siempre no hay preliminar de campeonato de reservas o si el preliminar no interesa, a los baños que están en Constanza 97, los de El Jordán, en Arcos de Belén —para *licar* de paso a los boxeadores— o los Lupita, por allá por Becerra entre Tacubaya y Mixcoac; el baño para meterse al ruso y expulsar las toxinas que nos achicopalan el buen humor y taran el cuerpo. El bañero y el masajista suelen ser los mismitos, son los personajes centrales de "el vapor".

[...] Ropa para el 9!...

Ricardo Cortés Tamayo



* Licenciado en filosofía por la Universidad Iberoamericana. Profesor de tiempo fijo en el ITESO.

Para Henri Bergson, la mirada del “alma del artista como no ha habido en el mundo”, sería una mirada de desprendimiento. Pero no se trata del desprendimiento “premeditado, razonado, sistemático, obra de la reflexión y de la filosofía”, sino de un “desprendimiento natural, innato a la estructura del sentido o de la conciencia, que se revela al punto por una manera, en cierto modo virginal, de ver, oír, o pensar”.⁸ El ocio condiciona la creación en esta mirada desprendida; si lo fuese completamente, nos encontraríamos al artista capaz de “fundir todas las artes en una sola”.

Hay una mirada del mundo, según Josef Pieper de la que “se alimenta incesantemente toda verdadera poesía y todo verdadero arte”: es la contemplación⁹, esa “silenciosa percepción de la realidad”¹⁰. Contemplación es un conocer mirante que, en oposición al pensar demostrativo, descansa en su objeto. Es un mirar que admira lo que sobrepasa a su comprensión. Dejado de las necesidades inminentes, “en medio del descanso y del contemplar, apremia una llamada silenciosa hacia un descanso infinitamente más profundo, incomprensible, ‘eterno’. Esta es la ‘llamada de lo perfecto a lo imperfecto que llamamos amor’ (Caudel)”.¹¹ Y es que la mirada ociosa, de libertad, de desinterés, de silencio, de creatividad, es también lugar privilegiado de encuentro. Yo y Tú aparecen con nueva claridad. La mirada ociosa no es sólo la mirada ociosa del mundo; es también la mirada del otro, que irrumpe la vida pidiendo reconocimiento.

Esta es, creo, una cara real del ocio; hay que aprender a mirar.

NOTAS

1 Roger SUE, *El ocio*, FCE, México, 1982 (1980), p. 9.

2 Ibidem, p. 76.

3 Cfr. Johan HUIZINGA, *Homo ludens*, The Beacon Press, Boston, 1950, Cap. 1.

4 SUE, op. cit., p. 81.

5 HUIZINGA, op. cit., p. 46.

6 Ibidem, p. 202.

7 Cfr. Arthur KOESTLER, *The act of creation*, Picador, Londres, 1975, p. 35.

8 Henri BERGSON, *La risa*, Plaza Janés, Barcelona, 1967. Cit. por Federico DECLAUX, *El silencio creador*, RIALP, Madrid, 1969, p. 34.

9 Josef PIEPER, *El ocio y la vida intelectual*, RIALP, Madrid, 1962. Cit. por Federico Delclaux, op. cit. p. 24.

10 Ibidem, p. 21.

11 Ibid., p. 23.